

el abismo en que habia caido con las llagas que se habia abierto, pareció todavía tan hermosa y preciada á los ojos de su autor, que el mismo Hijo de Dios en persona no ha tenido á menos poner sus divinos piés en aquel abismo para levantarle, y aplicar á aquellas llagas su mano purísima para curarlas con ella. La naturaleza humana, caída y todo, es al cabo nuestra propia naturaleza; ese sér derribado á tal abismo desde tanta altura, somos al cabo nosotros mismos. Tengamos algun respeto á ese sér que ha movido al mismo Dios á compasion, y no despreciemos de ese modo lo que el mismo Dios ha amado tanto.

VI.

ERRORES ACERCA DE LOS MOTIVOS DE CREDIBILIDAD EN LA RELIGION.

En la historia de los humanos extravios, el mas curioso, como el mas triste, observado ya con pesar y asombro por muchos hombres sábios, sin saber cómo atajar los deplorables efectos que entre nosotros ha producido, es un fenómeno mas fácil de definir que de nombrar, y que yo de buena gana llamaria *corrientes de errores*. Asi califico ciertas falsas doctrinas, que brotan y se elevan en el seno de las sociedades, y que sin valor alguno intrínseco, se difunden, se propagan y popularizan bajo diversos influjos con maravillosa rapidez, acabando por arrastrar ciegameute los ánimos en una especie de torbellino y de una manera que podria ser tenida por fatal si, al considerarla atentamente, no se hallaran suficientes causas para explicarla.

Los distinguidos nombres literarios, las grandes reputaciones filosóficas ó políticas, los partidos, el comercio de librería, los periódicos con todas las pasiones, intereses y vanidades que los dominan; tales son las fuentes principales de eso que yo llamo *corrientes de errores*. Una vez que estas corrientes han tomado ya su giro, todo acude á ellas, lanzándose y precipitándose en su cauce los talentos pequeños, los medianos, los grandes, y á veces, hasta los rectos y bien intencionados. Si fuera licito comparar las cosas graves con las frívolas, diria yo que eran como esas modas caprichosamente inventadas por alguna pandilla del gran tono y propagadas luego por la gente bullidora, que acaban por tomar posesion de todo el mundo y reinar con tal imperio que los hombres mas formales tienen tambien que adoptarlas y seguirlas.

He hablado de los periódicos, y alguno podria yo citar que ejerce con asombroso imperio este poder de abrir ante los ánimos esas corrientes de opiniones, hoy en un sentido, mañana en otro enteramente opuesto, sin que pueda decirse con cuál de ellos estaba en la verdad, si bien creo que con ambos estaba en el error por extremarlos ámbos; que los extremos son tambien errores. Sin entrar en pormenores de este aserto, me limito á

decir que sin duda aquella maniobra periodística es uno de los mas prodigiosos esfuerzos que pueden intentarse, sobre todo si se considera que siendo siempre unos mismos los hombres que los intentan, jamás tienen boca para confesar paladinamente que iban equivocados. Pero como dice muy bien el respetable Sr. Lenormant: *Un periodista no dice jamás: Me he equivocado.*

Una de las mas famosas, hoy dia, entre estas corrientes de errores ha sido y continúa siendo la que primero se llamó *tradicionalista*, y que, de poco tiempo á esta parte, es llamada con mas razon *pseudo-tradicionalista*.

El Sr. Lamennais, y su famoso *Ensayo sobre la indiferencia*, el periódico *El Porvenir*, la jóven y brillante escuela que se formó en torno del autor del *Ensayo*; la multitud de libros publicados por esa escuela y grandemente acreditados por la parcialidad de los periódicos y los interesados prospectos de los libreros; las ediciones hábilmente anotadas que ciertos profesores hicieron por entonces de varias obras teológicas y filosóficas, en las cuales el error se introducía por medio de notas; ciertos anales filosóficos, y en fin la proteccion de alguna gente de valía: todo esto, junto con la ignorancia, la inadvertencia, la ligereza y el amor de novedades, constituye las causas que han formado, mantenido y fortificado esa corriente pseudo-tradicionalista, que tiene gran voga en Francia, que pone en cuidado á Roma, y que en otras partes hace reir á todo el mundo.

Increible parece la multitud de talentos que esa corriente se ha llevado consigo: pocas obras de filosofía religiosa se escriben entre nosotros, de treinta años acá, donde no haya penetrado mas ó menos el error á que me refiero. Entre los muchos hombres, verdaderamente distinguidos algunos de ellos, que se han dejado coger por esa corriente, se halla el Sr. Donoso, cuya notable elocuencia y eminentes talentos han prestado á la religion servicios positivos, pudiendo aun de seguro prestárselos mayores, si, como esperamos, consigue al fin sacudir de su fuerte y generosa inteligencia aquel desdichado error.

El mal está en que ese género de talentos, cuando llegan á concebir algun grave error, nunca lo abrazan á medias: si no pueden gloriarse de ser sus inventores, á causa de lo que es á un tiempo mismo una necesidad, una desgracia y un peligro inevitable de la indole de su talento, aspiran á gloriarse de exagerar sus propios excesos, arrojando hasta aquellas consecuencias extremas, que de ordinario asustan á hombres menos resueltos. Este mal se descubre con una claridad desgraciadamente prodigiosa en el Sr. DONOSO CORTÉS.

Las consecuencias extremas del pseudo-tradicionalismo son la negacion de la razon en el hombre prevaricador y caido, y la consiguiente supre-

sion de toda la apologética cristiana, tal como habia sido siempre entendida hasta ahora, como la han entendido todos los Santos Padres y Doctores, como la entendia Santo Tomás en su *Suma contra los gentiles*, y como en pos de estos, finalmente, la han entendido todos los apologistas de la religión. Bien sé yo que muchos pseudo-tradicionalistas rechazan estas consecuencias, como sucede siempre á las inteligencias mas tímidas y menos lógicas, cuando ven el absurdo delante; pero no es de estas la del Sr. Doxoso, que con su intrepidez lógica, jamás se detiene en el camino, como voy á demostrarlo.

Una vez supuesto que la razon está perdida, claro es que cuanto hasta aquí se ha llamado teología racional, motivos de credibilidad, preparacion, preliminar, preámbulo de la fé, cae por tierra, necesariamente derribado sobre su mismo cimiento. Conociéndolo así perfectamente el autor del *Ensayo sobre el Catolicismo*, no vacila en arrojar la siguiente tesis como epigrafe del capítulo V del primer libro de su obra:

«Que nuestro Señor Jesucristo no ha triunfado del mundo por la santidad de su doctrina, ni por las profecías y milagros, sino á pesar de todas estas cosas.»

Nótese bien, Á PESAR DE TODAS ESTAS COSAS.—Si el Sr. Doxoso se hubiera limitado á decir que nuestro Señor Jesucristo no triunfó del mundo solamente por la verdad de su doctrina, por las profecías y milagros, no hubiera expresado mas que una comun verdad cristiana. Todo el mundo sabe, en efecto, y es cosa incuestionable é incuestionada que no bastando, como no basta, la razon para producir la fé, ni la doctrina mas verdadera y santa, ni los milagros mas evidentes, ni las profecías mas ciertas y mas rigurosamente cumplidas hubieran bastado, sin los auxilios de la gracia interior, para convertir al mundo. Pero el Sr. Doxoso va mas allá, porque dice que nuestro Señor Jesucristo ha triunfado á pesar de la santidad y verdad de su doctrina, á pesar de las profecías y á pesar de los milagros: lo cual significa que todas estas cosas no solamente no eran medios suficientes y auxiliares, sino que eran verdaderos OBSTÁCULOS.

La cosa es rara; pero es de todo punto consecuente, si es cierto, como en otra parte afirma el Sr. Doxoso, que despues de la prevaricacion, el género humano está condenado á ver las cosas del revés.

Y no se crea que esta maravillosa asercion, respecto á los motivos de credibilidad de nuestra fé, es una paradoja que, como tantas otras, se le escapa al Sr. Doxoso en el calor de la improvisacion; nada de eso: es una paradoja muy pensada, es toda una tesis, es nada menos que el título de un capítulo todo entero consagrado á probar esa misma inaudita tesis. Y por si acaso no era bastante bien comprendida por su simple enunciacion, la vuelve á tomar el Sr. Doxoso con mayor insistencia para explicarla mas y mas.

«Si Nuestro Señor Jesucristo (dice) venció al mundo, lo venció á pesar de ser la verdad, á pesar de ser el anunciad por los antiguos profetas, el representado en los antiguos simbolos, el contenido en las antiguas figuras; lo venció á pesar de sus prodigiosos milagros y de su doctrina maravillosa. Ninguna otra doctrina que no hubiera sido la evangélica, hubiera podido triunfar con ese inmenso aparato de testimonios clarisimos, de pruebas irrefragables y de argumentos invencibles. Si el mahometismo se derramó á manera de un diluvio por el continente africano, por el asiático y por el europeo, consistió esto en que caminó á la ligera, y en que llevaba en la punta de su espada todos sus milagros, todos sus argumentos y todos sus testimonios.» (Pág. 59)

No contento con haber enunciado tan terminantemente su tesis, y haberla explicado de manera que no hubiese duda acerca de su sentido, emprende luego el Sr. Doxoso la tarea de probarla por partes. Desde luego se colige que las pruebas han de ser flojas; pero allá van tales como el autor las presenta.

«Nuestro S. J. no venció al mundo con sus milagros. De los mismos que le vieron mudar, con solo su querer, la naturaleza de las cosas, andar sobre las aguas, aquietar los mares, sosegar los vientos, mandar á la vida y á la muerte, unos le llamaron Dios, otros demonio, otros prestigeador y hechicero.» (Pág. 58)

Es decir que entre los que vieron los milagros de Nuestro Señor, ó que los oyeron contar á los que los habian visto, hubo unos que le llamaron Dios, esto es, que creyeron en su divinidad, y que no solamente la creyeron, sino que la confesaron. De aquí habria deducido cualquiera que los milagros presenciados por aquellos hombres habian podido sin duda contribuir á convencer sus entendimientos y disponerlos á la fé: pero el Sr. Doxoso razona de otra manera, pues que se admira de que hubieran creído los que vieron, y no opina que creyeron por los milagros que habian visto, sino apesar de estos milagros; bastando, segun el, para probarlo así, el que otros que tambien habian visto los mismos milagros, no habian creído.

Poseido de tan extraña idea, olvida el Sr. Doxoso que cuando Jesucristo realizaba aquella grande obra de establecer la Religión, sembraba ante sus plantas los milagros, como en la creacion habia sembrado por el espacio los mundos, siempre con el designio manifesto de que lo que habia invisible en él, es decir, su omnipotencia y su divinidad, apareciese de alguna manera visiblemente en el espejo de las cosas visibles, como dice San Pablo, y así los hombres no tuvieron disculpa por no haber creído. *Invisibilia enim ipsius á creatura mundi per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur, sempiterna quoque ejus virtus et divinitas, ita ut sint inexcusabiles* (Paul. ad. rom. I. 20.) Tambien olvida el Sr. Doxoso que á la misma Sabiduria eterna que hacia esos milagros, parecieron ellos una prueba tan poderosa, que solo en vista de su resistencia á creer en ella

se decidió Nuestro Señor á condenar á los judios incrédulos, segun se ve por aquellas palabras tan terminantes : *Si opera non fecissem, coram eis, quæ nemo alius fecit, peccatum non haberent; nunc autem et viderunt, et oderunt me et Patrem meum.* ; Diremos, pues, para dar la razon al Sr. Donoso, que el Verbo de Dios se habia engañado, y que al querer probar la verdad de la Religion que fundaba, tomó como medios los obstáculos mismos?

«Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo, porque se hubieran cumplido en él las antiguas profecias. La sinagoga, que era su depositaria, no se convirtió, ni se convirtieron los doctores, que se las sabian de memoria, ni se convirtieron las muchedumbres, que las habian aprendido de los doctores.» (Pág. 58)

Recordaré que há poco el Sr. Donoso hablaba de algunos de entre las muchedumbres que llamaron Dios á Jesucristo. A estos, por lo que parece, de nada le servirian las profecias; sino que por el contrario, serian otros tantos mas obstáculos que tendrian que vencer para creer. Hasta semejante extremo olvida el Sr. Donoso, y quisiera, sin advertirlo, hacer olvidar á sus lectores aquella hermosa y admirable economía tan encomiada por todos los Santos Padres y Doctores, por la cual, durante cuarenta siglos habia estado Dios preparando al mundo para el advenimiento de su Hijo, con una série de oráculos proféticos no interrumpidos y cada vez mas claros, hasta el dia, en que cumpliéndolos todos, funda aquella sólida prueba de la Religion que tan concluyente pareció á San Pedro, cuando les decia á los judios: *Deus, quæ prænuñtiavit per os omnium prophetarum pati Christum suum, sic implevit. Pœnitementi igitur et convertimini* (Act. Apost. III, 18, 19).

Por último, puesto que, segun el Sr. Donoso, Nuestro Señor Jesucristo tampoco venció al mundo por la verdad de su doctrina, sino á pesar de esa verdad, deberemos pensar que esta verdad era un nuevo obstáculo al establecimiento del Evangelio, porque para el Sr. Donoso.

«El hombre prevaricador y caido no ha sido hecho para la verdad, ni la verdad para el hombre prevaricador y caido: entre la verdad y la razon humana, despues de la prevaricacion del hombre, ha puesto Dios una repugnancia inmortal y una repulsion invencible.... «Por eso, cuando la verdad se pone delante de sus ojos, luego al punto comienza por negarla.... Si no puede negarla, entra en combate con ella.... Si la vence, la crucifica; si es vencido, huye; huyendo, cree huir de su servidumbre; y crucificándola, cree crucificar á su tirano.»

«Por el contrario, entre la razon humana y lo absurdo hay una afinidad secreta y un parentesco estrechísimo: el pecado los ha unido con el vínculo de un indisoluble matrimonio. Lo absurdo triunfa del hombre, cabalmente porque está desnudo de todo derecho anterior y superior á la razon humana: el hombre lo acepta, cabalmente porque viene desnudo....» (Pág. 59, 60.)

Tambien aqui olvida el Sr. Donoso aquellas palabras de Jesucristo: *Si*

non venissem et locutus fuisset eis, peccatum non haberent, nunc autem excusationem non habent de peccato suo (Ev. Joan. xv. 22.) Despues, como si el Sr. Donoso hubiera probado de una manera inconcusa su inconcebible tésis, acaba resumiendo todo su frívolo discurso con esta asombrosa afirmacion y rotundez:

«El Cristianismo, humanamente hablando, debia sucumbir, y era necesario que sucumbiera: debia sucumbir, lo primero, porque era la verdad; lo segundo, porque tenia en su apoyo testimonios elecutísimos, milagros portentosos y pruebas irrefragables.» (Pág. 65)

Sin duda alguna, asi debia ser, si es cierto, como el Sr. Donoso afirma, que Dios, despues de la prevaricacion del hombre, ha puesto entre la verdad y la razon humana una repugnancia inmortal y una repulsion invencible; y que, por el contrario, entre la razon humana y lo absurdo hay una afinidad secreta y un parentesco estrechísimo. Porque, si la razon está absolutamente aniquilada en el hombre caido, y aniquilada por decreto de Dios, preciso es convenir en que forzosamente han de desvanecerse como el humo todas las pruebas que la religion presenta al entendimiento humano; y que todo el edificio de la fé se viene inevitablemente abajo, cayendo sobre las ruinas de la razon derribada.

Por aqui se vé finalmente lo que se deduce, ó lo que un talento atrevido y resuelto puede deducir de ese pernicioso error que ha formado, forma y formará quizás largo tiempo todavia, corriente entre nosotros. Por aqui se vé tambien hasta qué punto, una vez admitido un grave error, en que se ha caido por sorpresa, puede ir arrastrando de unos en otros, y sin que los mismos arrastrados lo adviertan, á un hombre, no solamente de un talento distinguido, sino tambien de sana probidad y católico sincero.

Pero séame tambien permitido añadir, sin segunda intencion alguna, que los que han sido establecidos por el Espíritu Santo para custodios vigilantes de la doctrina, deben mirar mucho este ejemplo para comprender cuánto importa cegar las fuentes del error en su mismo nacimiento, y sabiamente previsores, impedirle que llegue á formar en la sociedad religiosa, por medio del periodismo y de la prensa, esas corrientes terribles, que aumentando en caudal y en ímpetu cuanto se tarda en ponerlas dique, acabarian por invadirlo todo, atrastrando en pos de sí á los entendimientos mas sanos.